

«Los que vuelven a la fe»¹

F. XAVIER MORELL*

I. INTRODUCCIÓN

Les recommençants. Así se conoce en Francia a quienes vuelven a interesarse por la religión convencidos de que no es sensato prescindir de ella sin conocerla. Para este cometido prefieren a la Iglesia, porque «les inspira más confianza». En las parroquias se les propone que entren en los grupos que ya existen en su entorno o que vengan a la Iglesia. Pero no es eso exactamente lo que desean las personas que quieren retornar al camino de la religión. Desean volver a marchar por el camino de la fe y del Evangelio, no como quien prosigue un camino interrumpido, sino más bien volver al punto de partida. El término «retorno» indica el deseo de una verdadera novedad, pero sin olvidar lo que fue y que permanece como huella. «Retornar» y recomenzar es rejuvenecer su propia vida, volver a poner algo nuevo en la propia existencia. Da a entender que algo había comenzado y no del todo mal, pero no hubo forma de que se mantuviera.

Llaman a la puerta. Ésa es la realidad que está ahí. El problema que se nos plantea: ¿quién se levantará a abrir?

II. ¿DÓNDE SE LES ENCUENTRA?

Los que quieren retornar están en un momento decisivo pero incierto y difícil de su vida. Tienen importancia su temperamento y las circunstancias,

¹ Síntesis del libro de Henri BOURGEOIS, *Redécouvrir la foi. Les recommençants*, Desclée de Brouwer, París 1993. (Edición castellana: *Los que vuelven a la fe*, Mensajero, Bilbao, 1995).

* Párroco y Delegado de Catequesis de la Archidiócesis de Tarragona.

el lugar donde se produce el acercamiento, el carácter y manera de ser de sus interlocutores. Incluso a quien tiene facilidad para expresarse le es difícil formular su deseo de retornar; no digamos del tímido que se frena tras un «qué van a pensar de mí». No es extraño que se escuden tras algunas cuestiones o preguntas concretas.

Es una llamada para los cristianos a apreciar en lo que vale esta iniciativa del que decide emprender un camino para redescubrir la fe. «Volver a empezar» indica partir de un pasado que no concluyó, y prever una novedad con fuerza instauradora de comienzo. Diversas experiencias marcan el retorno: algunos tienen un contencioso con la Iglesia, otros simplemente dejaron de creer. Se encuentran:

En las parroquias: hay un contacto con la Iglesia en lo que ella tiene de público y abierto a todo el que se acerca (despachos, reuniones, preparaciones, diálogos). Muchos no piden nada, pero entre ellos hay algunos que están dispuestos para una iniciativa de fe. Todo depende de que se les ofrezca algo en un momento que sacerdotes y laicos no lo intentan siquiera. No piden profundización, sino algo sencillo, elemental, lo «básico».

En los catecumenados: cuando el catecumenado existe como institución visible al servicio de los no bautizados, a veces recibe demandas de bautizados que no han sido catequizados, y también demandas de los que quieren volver a empezar después de un distanciamiento. Guardan la impresión de que las parroquias tienen quizá demasiadas cosas que hacer.

En los encuentros episódicos: peregrinaciones, marchas, convivencias, foros, nuevos locutorios parroquiales (no necesariamente para la confesión). Se encuentran con un ambiente cordial del que no tenían ni idea, una atención por las personas, una enseñanza útil. Brota un deseo de conocer mejor las creencias y prácticas cristianas. El ámbito parroquial presenta la inmensa ventaja de ser un rostro público de la Iglesia.

En las comunidades: es una experiencia puntual de paso por casas de retiro, monasterios, santuarios, capellanías, grupos de oración, comunidades de base o contacto con movimientos. Se valora el ambiente acogedor, el ser menos anónimas que otras instituciones y la atención a la experiencia espiritual. Estos lugares hacen brotar el deseo, pero no son los más idóneos para volver a empezar.

En la vida ordinaria: a través de encuentros amistosos, relaciones familiares, de vecindad, en hospitales, en la prisión. Se trata de confiarse a otro más parecido a uno mismo en lugar de acudir a un sacerdote.

En las iniciativas eclesiales: que tienen por finalidad facilitar la expresión de tales demandas. Poder expresar y poder escuchar lo que sienten otras personas. La Iglesia no es solamente acogida, sino también oferta. Evitar el proselitismo y la idea de que hagan algo en servicio de los demás, porque ellos buscan otra cosa.

III. ¿QUÉ DICEN?

Aunque lo que dicen resulta confuso y ambiguo y, por tanto, puede que no exprese exactamente lo que desean, hay unos puntos comunes en sus palabras:

Necesidad de conocer: cuando no se acierta a expresar lo que se desea lo primero que se pide son conocimientos y explicaciones. No se quiere volver de manera vaga y acrítica ni se contentan con una adhesión sentimental. Necesitan creer inteligente y libremente. No se busca sólo saber, sino conocer para tener una experiencia espiritual distinta. Un conocimiento acompañado de libertad de pensamiento y deseo de verificación. Para conocer se fían de la Iglesia aunque estén en conflicto con ella.

Una persona con quien hablar: poder hablar y ser escuchado, que les presten atención, clarificar, desembuchar. Hay objeciones y dificultades,

y retornar implica que no se puede continuar a solas con esas cuestiones. Se quiere encontrar a personas con quien charlar de eso que no se puede contar a todo el mundo.

Los que piden los sacramentos: se pide recibir un sacramento, comulgar cuando sólo se está bautizado, recibir la confirmación, más raramente confesarse. Tras lo cual hay una petición de retorno. Por tanto no podemos administrar sólo el sacramento sin antes reactivar la fe y animar el sentido eclesial.

Los que vienen de otros ámbitos: quizá cristianos no católicos que desean ingresar en la Iglesia católica. No es propiamente un retorno, pero sí puede serlo si va acompañado de un despertar de la fe o implica dificultades de cara a la iglesia que se quiere abandonar.

IV. ¿QUÉ QUIEREN?

Una cosa es lo que dicen y otra lo que quieren. Hablar es un primer paso. Al hablar se clarifica uno mismo y se va acercando a lo que busca. Es necesario prestar atención no sólo a lo que se dice, sino también a la persona que habla.

¿Quiénes son? Algunos se manifiestan por sí mismos, otros se han sentido invitados. Se puede haber vacilado largo tiempo antes de acercarse, o manifestarse sin demora. Hay personas decididas seguras de lo que quieren, otras no saben si van a creer. Muchos han sido heridos por la vida o la Iglesia les ha hecho sufrir, otros han olvidado la fe siguiendo tranquilamente la corriente. Hay quien ha hecho ya diversas tentativas de retorno, otros están en el primer intento.

¿Qué quieren decir? Es esencial no descuidar lo que busca nuestro interlocutor. No atenerse sólo a lo que dice. Es útil haber reflexionado en lo que significa «volver a empezar». Son gente que tiene un pasado cristiano y un presente con iniciativa de recomenzar. Acordarse del pasado

implica que se mira hacia el *futuro*. Marcados por algún acontecimiento reciente que les ha puesto en camino y por una fuerza que les empuja desde hace tiempo. El acontecimiento está ligado a las circunstancias, la llamada es permanente (es su vocación).

Atreverse a retornar: corremos el peligro de no atender y respetar a los que retornan; tendemos a confundirlos con los que vuelven a la práctica religiosa sin tener por qué hacer el trabajo de recomenzar. Pero prestar atención a los que retornan puede ser para la Iglesia un *signo* de los tiempos que ayude a formular mejor cuál es la identidad cristiana.

¿Qué es volver a empezar? No es volver sin más a la práctica cristiana.

Rasgos:

- Tienen un pasado cristiano que cuenta para ellos.
- Se han distanciado de lo que su pasado podía, en principio, exigirles. No han tenido continuidad.
- Se produce algo que desencadena el *deseo* de «volver a comenzar». Es su vocación particular que les distingue de otros cristianos que quieren profundizar o atraviesan crisis sin ser provocados a refundar su fe.
- Han tenido la suerte de encontrar una *puerta eclesial* que se les abre. Sin esta participación eclesial no se puede hablar de retorno.
- Voluntariamente se ofrecen para realizar un *trabajo espiritual* en sí mismos.
- En algún momento el proceso debe llegar a su fin. El trabajo espiritual de iniciación debe finalizar para pasar a la condición común.

V. DE AYER A MAÑANA

El hecho de alejarse y acercarse a la fe o a la Iglesia no puede clasificarse simplemente como practicar o no practicar, creer o no creer. Resulta más complejo.

1. Dejar de creer

En el libro se presentan casos concretos de algunas personas: aquel cuya fe no ha resistido los cambios y ocupaciones de la vida y se ha ido difuminando hasta llegar a una situación de ser creyente, pero no propiamente cristiano aunque se piense que se sigue siéndolo; aquel cuya fe no aguanta, pero que ya desde el principio no funcionaba con facilidad, que nada tiene contra Dios, pero percibe la religión sin interés práctico y sin valor real; aquel que abandona la fe al encontrar nuevos centros de interés, y sin que nada esté roto todo está lleno de polvo.

¿A qué edad? Es frecuente que jóvenes entre 18 y 25 años se encuentren «a la búsqueda»; pero éstos son principiantes más que retornantes, porque no tienen un pasado suficiente. Por lo demás es posible retornar a cualquier edad, incluso en el momento de la jubilación.

Caminos de antaño: debemos retener que son personas bautizadas y catequizadas, que han tenido una experiencia de fe, han pasado un alejamiento y desean encontrar con un nuevo esfuerzo el hilo de la fe (esto podrá cambiar a medida que disminuye el número de personas que reciben una educación religiosa). Se olvida lo que es creer y en la mayoría de los casos esta transición se considera absolutamente normal. No tiene sentido acusar a la catequesis de la infancia de este resultado, ni que los padres se culpabilicen; no se puede decir que el testimonio familiar carece de valor. La orientación de la vida hoy no se decide en función de la infancia exclusivamente. La ruptura no acontece siempre en el momento del paso a la edad adulta, pero el paso de la adolescencia o la juventud a la edad adulta es un momento-test.

Cuando no se pierde la fe en el paso de la infancia a la edad adulta, sino que existen otras posibilidades:

- Creer de otro modo, «repotenciar» la fe y la vida eclesial. Jóvenes que atraviesan la crisis y conservan la fe haciendo una *muda*, un cambio, una forma distinta de la de su infancia

- A punto de convertirse en frecuente y notable es el caso de la *conversión*. Jóvenes y no tan jóvenes que dicen haber re-encontrado a Dios o a Cristo con bastante radicalidad. La conversión reaviva la fe, pero no tiene por sí sola la posibilidad de construir.
- Cuando cristianos de nacimiento se dan una vuelta por otra parte y frecuentan un grupo no cristiano. Se percibe la posibilidad de vivir de otra manera la religión.
- Finalmente, la experiencia de los que retornan, de los que desean volver a escuchar de otra manera, con su experiencia de adultos o jóvenes, el mensaje antes oído y que ha sido descuidado y olvidado. Desean ver otras posibilidades del mensaje y de ellos mismos.

El retorno demuestra que se puede volver a creer, incluso tras una larga pausa, incluso sin una conversión fuertemente sentida, y también que las experiencias religiosas de la infancia dejan también una huella que a veces se convierte en llamada.

Signos de los tiempos: un signo de honradez es preguntarnos ¿se puede catequizar a los niños desoyendo la voz de los que quieren renovar su diálogo con el cristianismo? Convendría no olvidar que en ciertos casos el tiempo de distanciamiento ha tenido aspectos positivos: necesidad de salvación y deseo efectivo de tener una creencia bien asimilada y personalizada. La ruptura marca la evolución de la mayor parte de nuestros contemporáneos. Prestar atención a los que retornan es abrirse a la época presente y atender lo que para algunos puede considerarse una llamada de Dios. No se habla exclusivamente de la infancia, la ruptura puede haberse dado en la edad adulta, incluso después de ocupar un puesto relevante en un grupo eclesial.

Revisitar el pasado: ¿qué caracteriza a las personas que retornan?

- La cosa comenzó dejando de ir a la Iglesia (en sentido amplio).
- Se tiene la impresión de no saber ya qué pinta uno en todo eso.
- Se desmoronó la base que le permitía sentirse perteneciente a la religión, y ahora se siente sin apoyo, aislado.

- En el momento de abandonar algunos querían guardar la fe cristiana, conservándola en un rinconcito. Pero con el tiempo el tesoro guardado se ha devaluado casi por completo.

2. Es imposible que siga creyendo

Hay otra experiencia: el capital religioso no se devaluó poco a poco, sino que ocurrió algo que cambió las cosas hasta experimentar que «ya no es posible» creer. A veces se identifica un acontecimiento que cambia a la persona, a veces hay una causa oculta que a la larga tiene las mismas consecuencias sin llegar a identificarse.

Heridas de la vida: ciertos acontecimientos destruyen el equilibrio espiritual; por ejemplo, la muerte del marido, la desorientación que produce un cambio de país, los comportamientos de la Iglesia o gente de la Iglesia, algunas experiencias en el confesionario.

Bloqueos religiosos: poco a poco decepciones, insatisfacciones o rencores van sedimentándose y acaban impidiendo el sentimiento religioso. No es un acontecimiento concreto, pero es como si la fe se bloqueara y no funcionara más. A veces el bloqueo puede ser *intelectual*, cada vez se ve más difícil comprender lo que se cree. Es una dificultad clásica por no explicar suficientemente las cosas de la fe.

Cuando la fe se desvanece: otro proceso es cuando la fe ha desaparecido por culpa de un trauma o de un bloqueo interior. Muchos que quieren retornar llevan consigo una herida, que debe pasar por un cierto proceso de curación. Es probable que, al menos en parte, este sufrimiento se deba a la imaginación, a un modo de reaccionar que agranda las cosas dejando huella en la afectividad. La tarea a emprender es hacer lo que no se hizo en su momento: hablar de lo que les ha ocurrido y del efecto que ha tenido en ellos.

Golpes de signo diverso: no todos los golpes son malos. Algunos sirven para poner en marcha. Un trauma les ha llevado a perder la fe y otro les devuelve a ella. La dicha y la felicidad llevan a Dios y a la fe, pero también los acontecimientos penosos pueden producir efectos saludables. El bloqueo de la fe puede evolucionar hacia la dinámica del retorno.

VI. ¿QUÉ SE LES PUEDE PROPONER?

1. A la puerta

La Iglesia puede ofrecer el mensaje del que vive y la experiencia de que es portadora para posibilitar a los que retornan que lleven la iniciativa de su progreso. No se trata de reintegrar sino de dar a los que retornan la oportunidad de vivir el Evangelio con nuevas esperanzas. Ellos sienten a veces alergia a las peroratas, a las consideraciones demasiado militantes o moralizadoras.

Un sí y un no: un sí al futuro, al retorno posible al Evangelio. Un no a ciertas maneras de ser cristiano que han podido conocer y que rechazan para sí mismos. No saben bien lo que quieren pero saben lo que no quieren. Algo se juega en este acto inicial. «Estar ahí» significa haber llegado hasta ahí. Ante ellos, los cristianos que representan a la Iglesia no tienen que hablar sólo desde su propia experiencia; son testigos del Evangelio, no únicamente de su propia vida evangélica. Este primer contacto con uno de la Iglesia es un momento decisivo.

Un momento fundacional: gracias a este momento se distingue a los que retornan de los que sólo se «plantan cuestiones». El que se acerca, en el mismo hecho de hablar y dialogar, manifiesta cierta confianza con el Evangelio y para con la Iglesia. Quizá poco consistente, pero presente. La Iglesia se manifiesta a través de la persona cristiana con quien se habla y a través del sitio en que tiene lugar el diálogo. Se pone la

confianza en la presunta seguridad que a los cristianos les da el Evangelio, más que sus instituciones.

Punto de partida: es decir, punto de *arranque* de un camino por hacer; es secuencia de otras experiencias de las que depende, pero hay algo nuevo. Si las cosas tienen continuidad, la tendrán bajo el signo de ese comienzo.

Varias puertas de entrada, varios acentos según las demandas y expectativas:

- Conocer la *Biblia*, que se percibe como una «fuente», una base autorizada.
- Lo que es ser cristiano: fiestas, prácticas, opciones, diferencias...
- Las *bases de la fe*, el Credo, lo esencial de la religión, lo que pone orden a la dispersión de las ideas religiosas.
- La *oración*, la espiritualidad.
- Las *imágenes de Dios*. Dispuestos a creer en la existencia de Dios, se encuentran bloqueados ante las representaciones que se hacen de Él.
- La *idea de la vida* que se tiene, la existencia que se lleva.

Estas demandas dejan de lado lo que se refiere a la Iglesia. No es tanto la Iglesia lo que importa, cuanto el Evangelio. Pero las «cosas de la Iglesia» no ofrecen objeciones serias cuando se las ha conocido.

2. El trabajo de refundación

Tras el momento del comienzo y la iniciación, viene la larga etapa de trabajo y esfuerzo. Si la tarea propuesta es espiritual, en el sentido de no hacer trabajar sólo a la memoria y al entendimiento sino también al corazón, no sorprende que haya que trabajar. La fe no se fabrica, se recibe. Pero se recibe sólo cuando uno se dispone a ella, le da entrada y deja que se establezca en él. Hacer todo para que Dios actúe y para que el Evangelio llegue a nuestra vida. ¿Cómo se hace eso?

Una nueva experiencia: *elaborar* los contenidos que se quieren abordar o las demandas que se hacen para que destaquen sus valores. El camino de retorno no se limita a recorrer la catequesis o la Biblia, hay que hacer además sobre sí mismo el trabajo espiritual. Una atención a la unidad de las creencias y a la coherencia de las experiencias o comportamientos que no implica una sistematización escolar o autoritaria.

Con otros y consigo mismo: el trabajo espiritual supone encuentros y un trabajo personal en sí mismo. Los encuentros prolongan el momento inicial en que tuvo lugar el diálogo y, al comienzo, ganan siendo interpersonales. Hay cosas personales que no se dicen a un grupo de diez. Poco a poco es deseable suscitar un grupo. Deben coexistir encuentros interpersonales y encuentros más numerosos. No es deseable entrar en un grupo ya existente; lo nuevo necesita grupo nuevo. En la práctica lo más sencillo parece ser, sobre todo al comienzo, dar plena cabida al relato haciendo que ese relato propicie una especie de terapia o curación interior. El hecho de hablar de lo que se ha vivido permite objetivarlo y comunicarlo en confianza a otro. La verbalización es liberadora. También el trabajo sobre sí mismo implica una búsqueda de coherencia o de unidad interior. Muchos de los que retornan tienen la impresión de «estar divididos».

Etapas de un recorrido: este esfuerzo toma su tiempo, que es uno de los medios indispensables para volver a empezar. Tras las *puertas de entrada* se sienten dispuestos a un recorrido más metódico y completo, catequético y espiritual, que de hecho corresponde a un recorrido catecumenal:

- *Primera etapa.* Dar valor a lo que forma el corazón de la fe cristiana, es decir, la existencia o la presencia de Dios. El centro del cristianismo es Jesucristo, pero Jesús supone a Dios. Entra aquí el escollo del mal y las imágenes de Dios. La Biblia debe guiar los pasos, se descubren las personalidades creyentes ejemplares. Se invita también a los que retornan a dar rienda suelta a su memoria, a menudo,

atormentada. Exige bastantes encuentros y una duración de seis o siete meses. Celebración: entrega de los Evangelios o plegaria.

- *Segunda etapa.* Se pasa a Jesús, al relato de su vida, a sus palabras, a sus gestos simbólicos, a sus valores, a su estilo y esperanza. Es importante recordar lo que dice de Jesús la cultura ambiente. Entrar en contacto con Jesús es dejarse sorprender y fascinar por Él. Esta etapa dura un año o más. Algunos descubren el sacramento de la Eucaristía, o el de la reconciliación.
- *Tercera etapa.* Que la persona perciba lo que es la vida cristiana, en su dimensión espiritual, en su aplicación práctica y cotidiana y en su forma eclesial. Que esté desprovista de todo moralismo estrecho y que suscite el gusto de creer evangélicamente de manera concreta, gozosa y creativa. Esta etapa puede durar mucho de un caso a otro. De hecho se vive dentro de la comunidad y de abre (si no se ha hecho ya) a las formas locales de la Iglesia. Un buen día hay que detenerse tras haber encontrado un puesto en la comunidad cristiana.

VII. ¿A QUÉ ASPIRAN? (LOS ARMÓNICOS DE UN PROGRESO)

Ellos solos no tienen la posibilidad práctica ni los medios espirituales para recorrer el camino del retorno.

1. Demandas que satisfacer

Con frecuencia, las comunidades cristianas se centran exclusivamente en el momento inicial. El recorrido ulterior suscita menos interés o parece más clásico. No lo sienten así los interesados.

Los sencillos y los otros: estas personas no son gentes excepcionales. Los responsables cristianos tienen la idea de que las personas «poco numerosas» son gente «fuera de lo común». No es así. Los que retornan son

expresión de algo que viven o pueden vivir muchos bautizados. Pero los que retornan no son muchos. Muchos menos que los catecúmenos. Están entre las clases medias y pertenecen a diversas franjas de edad: jóvenes, padres, cuarenta años, pre-jubilados o jubilados.

Con otros: no podemos considerar a alguien retornante hasta que habla de manera concreta con alguna persona de la Iglesia. Retornar es lo que acontece cuando el deseo de uno entra en diálogo con el deseo de escucha y acogida en una comunidad cristiana. Esto no quiere decir que el sujeto en cuestión no se haya puesto ya en marcha por propia iniciativa.

¿Retornar en solitario? La persona que desembarca en un medio cristiano se encuentra un poco perdida. Hay dos dificultades posibles. La primera, dejar «sin curar» algunas heridas espirituales; el hecho de reintegrarse a la Iglesia sin ruido, deja su pasado sin sanar. La segunda afecta a la Iglesia. Ésta, cuando los retornos se hacen discretamente, pierde la oportunidad de enriquecerse con lo que aportan los que vuelven a la fe y a su seno. Más tarde pueden surgir resentimientos y nuevamente rupturas.

¿Sin dar que hablar? Vuelven a la Iglesia sin hablar y sin dar que hablar; primero, por timidez de los interesados; segundo, porque las comunidades se sienten desconcertadas por el retorno. Algunos sacerdotes lo ven como el hijo pródigo que no tiene casi qué decir. Hay quien piensa que el pasado debe ser un libro cerrado. En cambio, el retorno exige refundar la confianza e incluso la fe. Se le debe prestar la atención debida e incluso convertirlo en *institución*, por decirlo así, preparando los medios que la Iglesia pueda ofrecer a los que retornan.

2. Acompañar a los «novicios» en la fe

¿Cuál es el papel de los *acompañantes*? Se trata de responsables eclesiales encargados de un ministerio de cara a los que retornan. Para acompañar a

otro es necesario, en primer lugar, que la propia fe esté en marcha. Una fe espiritual que sabe escuchar sin cerrarse en sus propias experiencias y expresiones. En la Iglesia hay gente con esa fe. La Iglesia tiene en sí misma lo que necesita para acoger a los que quieren retornar.

El papel del acompañante exige un «perfil», un temperamento. Se trata de ser capaces de escucha y de diálogo, avanzando en la dirección de lo fundamental, que se ose invitar y proponer, ni demasiado rígidos ni demasiado inseguros, sencillos de corazón y de vocabulario, con memoria y esperanza, libres dentro de la fe y solidarios con la Iglesia. Se necesita un mínimo de formación antes de entrar, y muy especialmente «sobre la marcha» en los encuentros de revisión. Es una vocación en razón del bautismo y en razón de una llamada que se les ha dirigido. Llamados a acompañar.

Los que se paran: a veces ocurre la avería o el parón. El proceso se interrumpe por múltiples razones: desplazamiento geográfico, heridas demasiado vivas, decepciones del sujeto, desaciertos del grupo, cansancio. Los acompañantes no deben culpabilizarse; ni siquiera cuando ellos sean parcialmente causantes no deben acusarse de manera estéril. El retorno puede llegar más o menos lejos. Y el hecho de que se paralice el proceso nos da idea de la diversidad de expectativas y modalidades que existen hoy en relación con la fe y la Iglesia.

3. Nueva génesis de la fe

Ocurre que «antiguos» cristianos manifiestan intenciones, si no de volver a hacerse cristianos, sí al menos de hacerse o ser «nuevos cristianos». El itinerario va de Dios a la vida actual y a la Iglesia pasando por Cristo. Aquí retornar es, en primer lugar, desbrozar el terreno, desmontar las ideas preconcebidas sobre el cristianismo. Se instaura un nuevo estilo de existencia. Reforma lo que no iba bien e inicia lo que irá mejor en adelante. Más que de continuismo, se trata de proyectar y arriesgar.

La aventura del retorno. Hay que poner en marcha cuatro capacidades:

- Capacidad de *hablar*. Se habla para dar forma a lo que se es y a lo que se quiere ser.
- Capacidad de *entendimiento* o conocimiento.
- Capacidad de *memoria* que no se avergüenza de sacar a la luz lo oscuro, y que necesita ser curada.
- Capacidad de *actuar*. Cada ser tiene su estilo de actuar. A veces alguno querrá hacer demasiado.

Hay una dimensión de la existencia humana que el retorno hace desplegar plenamente: la *solidaridad* y la vinculación a los demás.

VIII. DIFICULTADES Y OBJECIONES DE PARTE DE LA IGLESIA

No se puede: falta de tiempo. Pero en cincuenta años, tareas que parecían indispensables han desaparecido o se han redistribuido, y han surgido nuevas actividades. Y aún se producirán otras redistribuciones. Siempre hay tiempo para hacer lo que da gusto o se desea.

No es a los sacerdotes a quien corresponde el papel de acompañantes de los que retornan. Su responsabilidad es la animación de conjunto y la coordinación de las acciones realizadas en y por la comunidad. Pero no deben perder de vista la cuestión de los que retornan. Deben crear un dispositivo real de acogida y acompañamiento, dedicando personas a ello. No deben olvidarse de llamar a los retornantes para que participen en lo que es su cometido propio y habitual.

No se puede: faltan medios. Faltan posibilidades, falta gente, no sabemos qué hacer. La Iglesia no cuenta con voluntarios suficientes para ciertas tareas. Se está acostumbrado a que el sacerdote lo hacía todo. Llegará, sin embargo, un público que se dé cuenta de que la Iglesia no puede existir sin ellos, ni prescindir de ellos. Las tareas y necesidades movilizan a los

miembros de las parroquias en la medida en que hay un cierto *ambiente*. De momento, las comunidades no perciben con claridad el problema propio que plantean los que retornan.

No aparecen por ningún lado: si no aparece gente que quiera retornar, ¿no será porque nada en el ambiente les sugiere la idea de que es posible el retorno?

Dejadles retornar: distinguimos el retorno de la vuelta a la práctica religiosa. Hay quien opina que los que retornan deberían insertarse en los grupos ya existentes. Es natural que no aparezcan retornantes si no se piensa específicamente en ellos y se les confunde «con todo el mundo».

Desacuerdos, temores y reticencias: hay desacuerdo sobre la manera de acogerles y acompañarles. Algunos temen la constitución de grupos aparte, separados de los demás. Se tiene miedo del proselitismo. Otra reticencia es pensar que se pide demasiado o se es demasiado exigente. Otros piensan que, de acuerdo con hablar, pero ¿no se minimiza la acción?, o que la acción actual de la Iglesia se orienta hacia otras direcciones (los más pobres o marginados, la cultura, las formas de vida social).

Esperanza cristiana: a los demás les será imposible recomenzar si nosotros mismos no encontramos el sentido del bautismo como *inicio* de la propia fe. Lo que ellos esperan de nosotros es una palabra que fecunde su deseo. Esperan caminos sencillos, fluidos, practicables, que iluminen las cuestiones que se plantean, esperan de los cristianos *valentía* para ayudarles a afrontar las dificultades.

IX. LOS RETOS DE PRACTICAR DE NUEVO

1. Fe que renace

Hoy se tiende tanto a multiplicar los análisis, que se llega a descuidar lo factible. El retorno no es una cuestión que aparezca en el seno de la Iglesia. Las personas que retornan hacen ver una demanda y una posibilidad de las que no se tendría conocimiento en la Iglesia si no lo expresaran ellas mismas.

Comprender mejor lo que es creer: los que retornan demuestran que la fe no florece en el vacío, no hay fe sin algún antecedente previo de una u otra forma. Lo insignificante vuelve a cobrar sentido, la fe vuelve a hacerse creíble, la Iglesia recobra su interés.

La fe como novedad: comenzar es recomenzar, por eso se reivindica el término «retorno» aceptando incluso su ambigüedad.

Retornar es renacer: pero el retorno no es sólo la vuelta a la práctica religiosa o a la comunidad cristiana. Toca a la identidad de un ser en su punto original y tiene valor de re-nacimiento.

2. La Iglesia y la fe

Muchos están más interesados por la fe, el Evangelio o Dios que por la Iglesia. Llamam a la puerta de la Iglesia porque les parece portadora de un mensaje que perdieron de vista, pero no forzosamente para reforzar con su presencia el efectivo eclesial. Así expresan la vinculación entre la fe y la Iglesia; un vínculo que los cristianos habituales no perciben suficientemente.

Una fe que se atreve a hablar: es sorprendente que muchos de ellos se han distanciado de la Iglesia porque, dicen, «en la Iglesia no se puede hablar». Es un reto: desearían una Iglesia en la que se pudiese «hablar», y no precisamente de cualquier cosa.

Una fe iniciada: los que retornan nos hacen revalorizar la *iniciación cristiana*. Iniciarse es adquirir una cierta coherencia entre lo que uno siente, lo que piensa y lo que cree; entre lo que dice, lo que hace y lo que es.

3. Cada cual a su manera

El prisma de las culturas: tener en cuenta una variable socio-cultural que se da siempre en la vida, desde personas de ambiente popular y obrero a quienes les ha llegado la propuesta por un encuentro con la Iglesia, hasta aquellos que tienen una formación cultural de grado medio y que se presentan como resultado de una búsqueda espiritual personal.

Situaciones vitales: jóvenes de 25 a 30 años, algunos que se acaban de casar, padres, personas de entre 40 y 50 años que no saben dónde encontrar tierra firme, jubilados, antiguos militantes.

Talantes diversos: vacilantes o decididos, activos o contemplativos, más conformistas o más autónomos.

4. Diversas perspectivas eclesiales

Desde diversas estructuras se podría responder a este signo de los tiempos que constituyen los que retornan:

Las parroquias: el rostro concreto del cristianismo y lugar de fácil identificación para el gran público. Sería normal que en toda parroquia se conociera el tema del retorno y se tratara de llevarlo a la práctica.

Grupos cristianos: en algunos de estos grupos que existen en las parroquias, alguien un buen día se plantea el problema del retorno... si dejan que se plantee.

Los movimientos apostólicos: algunos de estos movimientos son capaces de detectar y acompañar a gentes que retornan. No se debe «ahogar» su demanda supeditándola a los intereses del grupo en cuestión.

El catecumenado: en los catecumenados acuden algunas personas que retornan. Las similitudes entre ambos caminos son grandes, pero deben coordinarse sin confundirse.

Corresponsabilidad eclesial: sería de desear un consenso amplio. Lo importante no es debatir el tema indefinidamente, sino actuar.

Los que retornan se mantienen discretos y su número por ahora es limitado. Pero fenómenos que al principio no movilizan masas pueden adquirir una significación evangélica y poco a poco hacerse cuantitativamente más apreciables.

TRABAJO DE GRUPOS

El grupo reflexionó sobre estas cuestiones:

1. ¿Dónde se les encuentra?

- Proceden de los grandes bloques:
 - Gente que viene a la Iglesia por algún motivo.
 - Gente que no viene. ¿Cómo va a buscarlos la Iglesia?
- Téngase en cuenta que no se trata sólo de que vuelvan por propia iniciativa, sino que hay que provocar para que vuelvan. Hay que saber «remover las aguas», ser buenos provocadores, con un buen talante, y hacerlo desde todas las acciones que realizamos: funerales, bautizos, reuniones, presencia atrayente, etc.
- Nos encontramos con ellos también:
 - En nuestros museos. El arte convoca. ¿Qué influencia han podido ejercer, por ejemplo, las exposiciones «Las edades del hombre»?

- El Camino de Santiago. Es una experiencia de encuentro con uno mismo y de planteamiento de la pregunta por el sentido de la vida y de la fe.
- La religiosidad popular. Se debe potenciar este ámbito y cuidarlo, pues tal vez ofrezca muchas posibilidades.
- Los ámbitos turísticos. Pensemos en los miles de personas que visitan, por ejemplo, las catedrales; se podría ofrecerles una guía y orientación, no sólo artística, sino que explique también los fundamentos religiosos, de tal forma que se puedan suscitar preguntas.
- Foros profanos. Conviene tener iniciativas para usar estos foros, donde se pueda hablar también del hecho religioso.
- Grupos de fe que se están organizando en las casas.
- La escuela católica puede ser un buen ámbito adonde acuden los padres y se pueda llegar a ellos.
- Las clases de religión, antropología cristiana, diálogo, fe-cultura, etc., que se están impartiendo en muchas universidades, incluso estatales. Clases de teología para seglares, a las que acuden algunos por convencimiento religioso, para obtener la DEI, por curiosidad o buscando información.
- En las parroquias, porque son la cara visible de la Iglesia y les proporciona seguridad.
- En los encuentros en la vida ordinaria: familia, amigos, compañeros, etcétera.

2. ¿Qué dicen y qué quieren?

- Muchas veces no dicen lo que en realidad quieren. Dicen una cosa pero quieren otra.
- Pueden hacer una pregunta muy superficial, pero en el fondo hay otra cosa: una búsqueda, un interrogante.
- Tenemos ejemplos bíblicos donde podemos encontrar unas pautas para discernir las preguntas y cómo responde Jesús: Samaritana, Nicodemo...

- Algunas veces formulan preguntas por curiosidad o por tranquilizar su conciencia, o para aclarar algún asunto de tipo moral.

3. ¿Qué se les puede proponer?

- Es necesario que en nuestras parroquias haya pluralidad de ofertas pastorales que respondan a las distintas situaciones.
- Lo primero que se les tiene que ofrecer es acogida cordial, diálogo, escucha paciente, interés por la persona, comprensión... En una palabra, hay que cuidar mucho el aspecto humano y la cercanía a la persona.
- En principio pueden rechazar al grupo; prefieren el encuentro personal con alguien. El paso del primer encuentro al grupo hay que hacerlo de forma gradual, sin prisas; a los que vienen con una problemática, con miedos, etc., les resulta violento entrar en el grupo.
- Lo primero es la atención personal, dejarles que hablen y expresen todo lo que quieran, dialogando... después vendrá el grupo.
- Hay que buscar un momento, lo antes posible, para hacerles caer en la cuenta de su relación con Jesús. Es algo esencial y contamos con la acción del Espíritu.
- En las parroquias hacen falta personas concretas a quienes poder dirigirse, con quienes poder hablar.
- Al realizar la propuesta hay que distinguir dos aspectos:
 - a) Analizar distintas situaciones, porque las respuestas van a ser distintas:
 - Los que vienen porque quieren un sacramento para sus hijos (Bau-tizo, Primera comunión), pero como una obligación, no motivados por la fe.
 - Los que vienen motivados por una búsqueda sincera de fe.

- b) Téngase en cuenta qué comunidad, qué familia, qué ambiente eclesial hay detrás de quien acoge, pues:
- Puede tener un planteamiento excesivamente serio, con una exigencia que no facilita la acogida.
 - Puede dar una solución fácil y rápida y tener prisa por ofrecer una solución no adecuada al momento, o poseer demasiada prisa por anunciar abiertamente a Jesucristo.
 - La figura del padrino. En la experiencia de la Iglesia, desde el principio, existía esta figura que acompañaba a las personas que venían. Hay que recuperarla y preparar personas seculares para ello.
 - Aprovechar los tiempos litúrgicos para ayudarles a interrogarse y a plantearse el sentido religioso de la vida.

4. Dificultades

- Muchas veces, en nuestras predicaciones, utilizamos un lenguaje doctrinal-eclesiástico que no llega a la gente.
- Tenemos la tendencia a no dejarles decir lo que quieren decir y a no escuchar con paciencia.
- A veces el primer tirón no es «los que vuelven a la fe», lo difícil es saber qué hacer después. ¿Qué caminos emprender para el seguimiento?
- Existe el peligro de que cuando alguien viene caigamos en la trampa de responder solamente a las objeciones teológicas, de aclararles las ideas. Hay que provocar una actitud de búsqueda e incluso, en algún momento, hacer una oración con él.
- Nos preguntamos ¿por qué la Iglesia, que es camino de salvación, para muchos es motivo de pérdida de fe? Es ésta una gran responsabilidad que debe hacernos pensar y revisar nuestra pastoral.